

Introducción

ANTES DE PECAR

Después de la buena acogida que tuvieron *Los diez mandamientos en el siglo XXI*, tanto en su versión televisiva como editorial, comencé a pensar que quedaban pendientes para el análisis los siete pecados capitales. Volvimos a reunirnos con el equipo creativo y concretamos una nueva serie audiovisual.

Ahora tienen en sus manos el producto de las reflexiones que suscitan los pecados en nuestro siglo.

Los tradicionales (soberbia, pereza, gula, envidia, ira, avaricia y lujuria) están presentes en nuestra vida diaria, algunos devaluados y otros con ciertas transformaciones. Pero cuando los relacionamos con los tiempos que vivimos, nos encontramos con infinidad de caminos que llevan a otras tantas preguntas que hoy se hace el hombre, y que tienen que ver con el sentido mismo de la vida y la trascendencia.

Se mezclan en los pecados cuestiones religiosas, históricas, económicas, sociales, artísticas y varios factores propios del mundo actual. Tener la mente abierta y olvidarnos de los sectarismos y las ortodoxias nos posibilita ser mejores personas, sobre todo en estos tiempos en los que la comple-

alidad de las situaciones hace difícil comprender el presente del hombre.

Si se toman como punto de partida los pecados, incluso discrepando con el planteo religioso, es posible bucear en el destino que nos espera frente al avance tecnológico. Este destino incluye la posibilidad de crear vida artificial, con el peligro de que nazcan seres perfectos, que para algunos estarán cerca de Dios, pero que desgraciadamente serán deshumanizados. Y ello en un contexto universal donde la injusticia y los desequilibrios entre los que acaparan y más tienen y quienes carecen de todo se hacen cada vez más manifiestos. No nos referimos sólo a la carencia de bienes materiales, sino a la de afecto y solidaridad.

Este proyecto, además de analizar con detenimiento los siete pecados y sus implicancias actuales, me permitió intercambiar ideas con religiosos, escritores, actores, filósofos y personalidades que tienen inquietudes sobre la actualidad y el devenir de los seres humanos. En lo personal fue uno de los hechos más gratificantes, porque, como siempre digo, la discusión y la búsqueda de la verdad debe ser una de las tareas que uno debe exigirse.

También he podido, casi como en broma, conversar amablemente con el propio Satanás, quien defendió cada uno de los pecados e intentó convencerme de sus beneficios para la humanidad y para mí en particular.

La intención, en definitiva, es transferirle al lector estas percepciones para que también le resulten elementos enriquecedores en su propia exploración.

COMENCEMOS A PECAR

Cuando hablamos de pecados, suelen generarse prevenciones. Pero ejercerlos es más seductor, atractivo y útil. Nuestra sociedad de consumo nació en el siglo XVIII y, tal como dice el filósofo y médico británico Bernard de Mandeville en su obra *Vicios privados, virtudes públicas*, vive gracias a los vicios. Es decir que si las señoras no quisieran ropas ni joyas, u otros mortales no desearan comer bien y vivir en forma confortable, la industria y la civilización, tal como las conocemos hoy, se terminarían. Los vicios privados se convierten en virtudes públicas y hacen funcionar a la sociedad.

Éste es un punto clave: algo que puede ser un defecto en un individuo, si es analizado sobre una comunidad y suprimido, anularía gran parte del funcionamiento de esa sociedad, que está pensada para dar gustos a personas que tienen deseos.

El escritor francés Jean Jacques Rousseau aseguraba que los hombres nacen naturales y felices porque no tienen deseos, pero en el momento en que empiezan a reunirse aumenta la concupiscencia y, por lo tanto, crece la sociedad, que está hecha para satisfacer esos apetitos.

Quien no desea nada puede, efectivamente, vivir como un anacoreta. El problema es que la sociedad se basa en el anhelo que todos tenemos de poseer cosas, que están relacionadas con la carne, con los afanes y con los lujos. La verdad es que nadie necesita la mayoría de las cosas que tiene o desea, y así ha sido en la historia de la humanidad.

Pensemos en el descubrimiento de América, en los grandes viajes realizados en busca de especias, sustancias para echar en la sopa. Si la gente se hubiese conformado con un poquito de sal en las comidas, otra habría sido la suerte de los

exploradores y sus conquistas. Podríamos afirmar entonces que uno de los motores de la historia ha sido la nuez moscada.

Los clásicos siete pecados que todos conocemos, y las virtudes que se supone pueden derrotarlos, son los siguientes: soberbia-humildad, avaricia-generosidad, lujuria-castidad, ira-paciencia, gula-templanza, envidia-caridad y pereza-diligencia. Este listado tiene sus matices, por ejemplo en el caso de la soberbia —la madre de todos los vicios—, la cual puede manifestarse, además, en la vanagloria, la jactancia, la altanería, la ambición, entre otros. Santo Tomás de Aquino define la soberbia como “un apetito desordenado de la propia excelencia”. Podría definirse también como un amor desordenado de sí mismo. La soberbia es considerada un pecado mortal cuando lleva al individuo a desobedecer a Dios.

Según los expertos católicos, el pecado no puede reconocerse claramente sin el conocimiento de Dios, y se siente la tentación de explicarlo únicamente como un defecto de crecimiento, como una debilidad psicológica, un error, la consecuencia necesaria de una estructura social inadecuada, etc. Sólo en el conocimiento del designio de Dios sobre el hombre se comprende que el pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas.

Para el sacerdote católico Hugo Mujica, “el contexto en el que están concebidos los pecados parte de un planteo estético: hay vida, y el hombre está puesto para hacer de esa vida una existencia, que es darle forma a la vida. Una cultura es dar origen y destino a las vivencias. La vida se ve estéticamente, porque dar forma es la actividad artística. O sea, la vida aparece como algo que nos es dado para que nosotros le demos forma”.

“La forma básica —explica Mujica— es la proporción. Para los griegos, belleza y orden son lo mismo. Por eso el

gran planteo de los pecados pasa por la medida y la desmedida que lleva a lo monstruoso. La pregunta es: ¿qué proporción se le adjudica a cada pasión del alma, o lo que ellos llamaban deseos, para que se logre la forma humana? El problema es que una planta, por ejemplo, crece en forma armónica. Pero el crecimiento en todo registro humano, desde el psicoanalítico, el marxista, el religioso, el mítico, etcétera, es contradictorio y trágico. En el hombre están las dos cosas: la pulsión al despliegue del contenido armónico y la contradicción. Primero querer adueñarse de sí mismo, y después preferir determinadas proporciones sobre otras.”

Según el historiador inglés John Bossy, “los siete pecados capitales son la expresión de la ética social y comunitaria con la cual el cristianismo trató de contener la violencia y sanar a la conflictiva sociedad medieval. Se utilizaron para sancionar los comportamientos sociales agresivos y fueron, durante mucho tiempo —desde el siglo XIII hasta el XVI—, el principal esquema de penitencia, contribuyendo en modo determinante a la pacificación de la sociedad de entonces”.

En un principio, los pecados eran una advertencia respecto de cómo administrar la propia conducta. No se trataba como en los diez mandamientos de ofrecer las tablas de la ley, sino de mostrar los peligros higiénicos que podrían asechar a las almas. Se trató de un listado de advertencias sobre los peligros que puede acarrear la desmesura frente a lo deseable. Hoy existe una versión más simplona de esas advertencias, que son los libros de autoayuda, donde encuentras unas fórmulas para no engordar y otras para ser feliz en tres lecciones.

Según Bossy, la suerte de estos pecados terminó en la época moderna, cuando la penitencia dejó de ser la forma de resolución de los conflictos sociales para transformarse en

algo psicológico e interior a la conciencia de cada individuo. Fue el momento en que se abandonaron los siete pecados capitales para pasar a los diez mandamientos, que privilegiaban una relación vertical de cada individuo respecto de Dios, en vez de la horizontal entre los hombres, lo cual favorece la introspección personal. Bossy interpreta el paso del Medioevo a la Edad Moderna como un pasaje de lo social a lo individual.

Los pecados adquieren la categoría de capitales cuando originan otros vicios. Santo Tomás describe: “Un vicio capital es aquel que tiene un fin excesivamente deseable, de manera tal que en su deseo un hombre comete muchos pecados, todos los cuales se dice son originados en aquel vicio como su fuente principal...”.

Para el especialista en temas islámicos Omar Abboud “el pecado no es algo inamovible. Varía de acuerdo con el punto de vista del observador y en referencia a la evolución del contexto social y cultural. La mayoría de las acciones consideradas como pecado hace dos siglos —un periodo ínfimo en la historia de la humanidad— hoy no tienen entidad pecaminosa. En el Islam no tenemos la visión del pecado original, lo que sí existen son definiciones sobre lo que es lícito o no. Llamamos *haram* a aquellas cosas que están vedadas y *halal* a las que están permitidas”.

Considero que las leyes religiosas son convenciones creadas por los hombres y no el resultado de órdenes divinas inmodificables. No importa la antigüedad que tengan las imposiciones, pueden cambiarse y ser anuladas por un nuevo acuerdo entre individuos.

LA MUERTE, QUE TODO LO ALCANZA

Hay una relación entre el concepto de necesidad y la muerte, porque éste es el paradigma mismo de lo necesario y el castigo para quienes no se someten a la necesidad. Comer es necesario para no morir de hambre. Las leyes físicas deben ser respetadas; no hay que violar la ley de gravedad porque si saltamos de un séptimo piso corremos el riesgo de rompernos la cabeza. Quienes no respeten las necesarias leyes lógicas verán morir su razón; el trabajo es necesario para ganarse la vida, lo que equivale a decir que quien no lo ejerza perderá la vida y se ganará la muerte; las leyes civiles deben ser cumplidas o el Estado en algunos casos administrará la muerte a los infractores. Desde los griegos, los filósofos amenazan y maldicen a quienes no aceptan en forma indiscutible lo necesario. Sin embargo, hacerlo no nos libraría de la muerte, que es lo más necesario de todo lo necesario. Parece lógico pensar que nos veríamos liberados de las necesidades sólo si fuéramos inmortales. La muerte no es un desenlace futuro que podamos dejar de lado mientras prestamos atención a otras preocupaciones.

“Yo creo que la desproporción real —dice Mujica— está dada porque vamos a morir. Nosotros vivimos en una cultura totalmente desproporcionada: podemos llegar sin problemas a la luna, pero es mucho más peligroso pasear por los suburbios de una gran ciudad. Nuestra cultura sabe de su desproporción y, por eso, niega y esconde la muerte. Nosotros vivimos naturalmente setenta años, son los avances de la ciencia los que nos hacen llegar hasta los noventa y cinco, pero sin contenido. Simone de Beauvoir dice que ser viejo es dejar de tener proyectos. La muerte se esconde cambiando la palabra cementerio por jardín, disimulando los coches fúnebres, po-

niéndoles horarios a los velorios y haciéndolos fuera de la casa. Como anteriormente el sexo era tabú —algo que superamos—, ahora el lugar pasó a ocuparlo la muerte, que es algo de mal gusto para hablar o tratar. La muerte era la proporción, por eso filosofar era prepararse para ella. Por esa razón los monjes tenían una calavera en el lugar donde se reunían a comer, porque la muerte era la memoria de la proporción.”

Abboud sostiene: “La muerte es lo único seguro en la vida. Por lo tanto, hay que darle el verdadero valor que tiene. Nosotros tomamos a la religión como un viaje de retorno, que significa que durante tu vida terrenal estás preparándote para la muerte, y según cómo te comportes en ella va a ser tu pasaje a la trascendencia. Por supuesto que si el individuo no cree en la existencia de una vida postrera, los pecados no pasan de ser una serie de normas que, en mayor o menor medida, impone la sociedad. Todo depende, además, de cómo entendamos la religión. Si lo hacemos en sentido estrictamente literario, es algo nocivo para el ser humano. La religión es sólo una pauta de orientación, para que el individuo tenga una herramienta que lo ayude a cometer la menor cantidad posible de actos no lícitos”.

Según el rabino Daniel Goldman, “relacionamos el bien y el mal con la vida y la muerte. Está descripto en el espacio bíblico cuando dice que, dados la vida y el bien, y la muerte y el mal, escoge por lo tanto la vida. Pero para esto nosotros debemos tener conciencia de qué es la vida y qué es la muerte. En este sentido, hay un cuento de la literatura rabínica que relata la desesperación de Adán cuando llega la primera noche, creyendo que el resto de la vida iba ser así porque no sabía que después de la noche venía el día. Por lo tanto, cuando hablamos de cuestiones relacionadas con lo privado y

lo público, el bien y el mal, uno tiene que tener claro qué implican cada una, para tomar una posición y oponerse o apoyarla”.

El filósofo francés Augusto Comte asegura: “No puede dudarse de que todo progreso social descansa esencialmente sobre la muerte”. Para confiar en el progreso, hay que tener confianza en la muerte. Si uno analiza las escrituras, encuentra que el Ángel Exterminador no es más que alguien que nos anticipa un futuro sin lacras, y no la espada flamígera con que nos mata y nos señala el camino.

Hay una expresión de resignación que se utiliza cuando muere una persona y que me pone de pésimo humor: “Es la ley de la vida”. Está claro que amo la vida, pero no sus leyes, sobre todo aquellas que tienen relación con la muerte, porque se me ocurre una injusta tiranía. Frente a esta situación, me pregunto si puedo decir sin equivocarme que realmente amo la vida.

Los pecados capitales son comportamientos naturales que, por exceso, dejan de ser operativos. Es lógico que tú quieras alimentarte para reponer fuerzas; pero si te da por comer una vaca entera, el hecho deja de ser operativo ya que, con suerte, no podrás moverte en una semana. O está muy bien que te gusten las señoras para que la especie no se extinga, pero claro, si vas violando a cada una que ves en la escalera, estás cometiendo un exceso que termina bloqueando el deseo.

Omar Abboud asegura: “Existe una industria para generar deseos y apetitos. Estamos viviendo una época donde muchos dicen no tener religión. Creo que pueden no tener creencias monoteístas o de cualquier otro tipo relacionado con dioses, pero sí tienen una gran religión: el capitalismo y el consumo llevados al paroxismo, como absolutos. Vivimos inmersos no en los pecados capitales, sino en los pecados del

capital. La contrapartida de este pensamiento es que podría afirmarse que se trata de un deseo de progresar y adquirir elementos materiales para tener un mejor bienestar. Allí entramos en la duda sobre lo que es o no bienestar”.

Se habla de deseos desordenados. Pero la pregunta es: ¿por qué el deseo tiene que ser ordenado? Lo único que quiere el deseo es saber cuán lejos puede llegar.

Cuando hablamos de concupiscencia, nos referimos a un concepto que afecta exclusivamente a los humanos. Los animales no son concupiscentes, sólo tienen apetitos que se satisfacen. La concupiscencia es la infinitud del apetito, lo ilimitado. Además, a los animales no se les conocen muchos caprichos —en verdad casi ninguno— y no tienen fantasías, que es algo que a los humanos nos lleva buena parte de nuestro tiempo. Después de resolver sus necesidades y descansar no se empeñan en inventar otras nuevas, ni más ni menos sofisticadas que las anteriores resueltas y para las que están programados. Por supuesto, esto se da en toda su dimensión en aquellos bichos que no han sufrido ningún tipo de domesticación por parte de los hombres.

Respecto del orden y el desorden, dice Daniel Goldman: “Yo le tengo mucho miedo al concepto de orden, que se asemeja al fascismo. Lo obsesivamente ordenado es desorden. El exceso de impulso positivo lleva al mesianismo, al fundamentalismo, y esto es un impulso negativo. En nuestra tradición, el ritual de oración se llama *sidur*, que viene de la palabra *seder*, que quiere decir ‘orden’. También se les llama *seder* a las dos primeras noches de la Pascua Judía. No existe comunicación si no hay orden. No hay libertad sin orden. Lo opuesto a la libertad es el desorden. Por ejemplo, la esclavitud tiene que ver con un desorden de valores y de no comprender quiénes somos. Es más, el castigo que espera a quie-

nes viven alejados de los preceptos es el del desorden. Esto se ve reflejado en la Biblia, que es un libro concebido para una sociedad agrícola. Ante el no cumplimiento de los preceptos podían ocurrir desórdenes, como que la lluvia no llegara cuando se la necesitara, que hubiera alteraciones climáticas de todo tipo. El desorden se traduce en recibir un clima que no es el habitual al que se espera”.

San Pablo decía que teníamos tres enemigos: la “libido sentiendi”, la “libido congnoscienti” y la “libido dominante”. Es decir la concupiscencia de los sentidos: comer y fornicar; la del conocimiento: querer saber más, la curiosidad, inventar cosas, y el deseo de poder: querer mandar, dominar e imponerse a los demás. Son las tres grandes concupiscencias a partir de las cuales se dan los demás pecados, que mantienen y perpetúan la vida humana. Pero debemos moderarlas a través de hábitos sociales que regulen las relaciones entre los individuos.

Los pecados que nos parecen más “pecados”, es decir los que vemos como más culposos y graves, son los que cometemos menos. Siempre son más pecaminosos los otros. El pecado ajeno es agresivo y el propio es una simple extralimitación de nuestra buena voluntad.

“Creo que hay que poner las cosas en su lugar —explicita Abboud— porque la ira, la lujuria, la pereza y la avaricia, por nombrar algunas, eran malas antes de que lo dijeran las religiones, monoteístas o no. Porque el hecho de comerse una vaca entera le hace mal a un hombre hoy o hace seis mil años. Lo que aporta la religión es una condena ante la comisión del pecado, para que los individuos se abstengan. Por eso el Corán indica que el que mata a otro, incluido a sí mismo, peca contra toda la humanidad. Por tal razón, los que se inmolan en atentados suicidas, lo que hacen es no creer en la

misericordia infinita de Dios. De ninguna manera el Islam acepta el suicidio. Aquel que lo comete queda sometido al castigo teologal de verse condenado, por los siglos de los siglos y hasta el día del Juicio Final, a sufrir el mismo tormento relacionado con la forma en la que se suicidó.”

Durante buena parte de la vida uno entendía como pecado aquello que le prohibían. De niño me enfrentaba al tema cada vez que debía confesarme. Siempre fui soberbio, pero eso no me preocupaba. Contestaba de mala manera a los mayores. Otros de mis pecados eran el mal genio y la pereza de hacer aquellas cosas que me fastidiaban. Pensándolo bien, no he cambiado mucho.

Los pecados son contra alguien. En último término pueden ser contra la divinidad, pero siempre perjudican a otro. El tema es así de fácil: una persona en perfecta soledad no comete pecados, puede caer en errores o imprudencias. Robinson Crusoe está en su isla y allí no tiene posibilidad de pecar, por lo menos hasta que aparece Dios... o el pobre Viernes.

Omar Abboud explica que en el Islam “existen dos tipos de realidades: una ordinaria y otra extraordinaria. En la primera, si yo cometo actos vedados, voy a ser juzgado por aquellos que me ven realizar el pecado relacionado con la acción: los hombres. En la extraordinaria, que es la realidad que vivo internamente, existe una serie de malos pensamientos. Pero el más grave es el que llamamos *shirk*, que quiere decir ‘asociación’, intentar reunirse con Dios en el hecho creador. Nosotros decimos que no existe fuerza ni poder excepto en Dios. Hasta imaginarse una forma de Dios puede ser considerado un hecho pecaminoso”.

LA DEMOCRATIZACIÓN DE LOS PECADOS

El escritor francés Albert Camus retrató en uno de sus cuentos a un mendigo que, mientras todos pasaban a su lado sin reparar en su desgracia, decía: “La gente no es mala, es que no ve”. Me parece que la mayoría de los males de nuestra época tiene que ver con esa frase: “La gente no ve”, lo cual es un pecado en nuestra modernidad, porque hoy tenemos instrumentos para informarnos de todo lo que pasa en los confines del mundo, pero sin embargo “no vemos”. Este es el precio que se paga por algunas ventajas que tenemos unos frente a otros. Ese “no ver” me parece un pecado esencial, del que derivan otros peores.

Otro de los nuevos aspectos que presentan los pecados es que se han democratizado. Algunas cosas que hasta hace unos años eran privilegio de una elite hoy se han popularizado con algunos matices. Podemos no aspirar a poseer una biblioteca de libros forrados en piel y comprar ediciones de bolsillo, con lo que conseguiremos los mismos conocimientos que los ricos albergaban. En lugar de ir a un sastre o una diseñadora de alta costura exclusiva podemos vestirnos con el *prêt-à-porter* y logramos estar a la moda. En el supermercado encuentras los alimentos más exóticos sin que tengas que viajar hasta Hong Kong. Si bien enlatados pierden el aura de misterio y sofisticación, los tienes todos.

En verdad es que se ha generalizado el espíritu principesco. Hay que recordar que en el teatro y en la novela, durante mucho tiempo, las grandes pasiones sólo se les permitían a los ricos. En las obras de Shakespeare no salen pobres. ¿Cómo iban a permitirse excesos los pobres si no tenían medios? Esto sólo era para las clases altas. Hoy, en cambio, todo el mundo puede cometer excesos. Vivimos

en una época de democratización de los pecados capitales.

Uno de los temas que catalizan los desórdenes y los excesos en el mundo moderno es la competencia. Tienes que ser un triunfador. Si a los treinta años no has reunido el primer millón de dólares, eres un pobre imbécil. Si no eres el tipo que hace aullar a las mujeres desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la madrugada, tu virilidad es dudosa. Debes ser el número uno, en una sociedad en la que la competencia busca el éxito material. Para los griegos, que eran muy competitivos, se trataba de la búsqueda de cierto ideal. Hoy es simplemente el miedo a no ser el mejor y, por lo tanto, no valer nada. Ser segundo no sirve. Pueden echarte o abandonarte porque no eres el mejor. No serlo es un argumento aceptado para transformarte en material descartable. Así, en forma constante estás dando el do de pecho, con lo que anulas el placer de poder alcanzar el do de pecho. El miedo a no conseguirlo es mayor que la satisfacción de lograrlo. El temor a no echarnos cinco polvos es superior al placer de darlos.

En nuestra infancia, nos inculcaban mucho menos las virtudes que el rechazo al pecado. Todo era más negativo que positivo. Hay una visión en la que, en el fondo, los vicios son debilidades y las virtudes provienen de la fuerza del bien, son acciones que necesitan de un esfuerzo. Cuando se habla de un virtuoso del violín o de un virtuoso de la pelota, se quiere aludir a que alguien es fuerte y excelente en lo suyo.

Por ejemplo, el escritor y pensador italiano Nicolás Machiavelo habla de las virtudes de César Borgia, quien no era un virtuoso en el sentido cristiano, pero sí porque era el mejor. Esta idea de fuerza va en contra de la almibarada visión tradicional de la virtud. Muchas veces se dice “fulano es muy bueno, el pobre”. Dice don Antonio Machado en su famosa poesía “Retrato”: “Soy, en el buen sentido de la palabra,

bueno”. Porque hay otro sentido que quiere decir tonto, débil, acomodaticio.

Pero existen distintas formas de entender la virtud. Recuerdo lo que le hice decir a Sherlock Holmes en el libro *Criaturas del aire*: “En efecto: creo que la virtud no es una gracia caída desde lo alto a ciertos individuos piadosos o un dócil doblegamiento ante una ley divina o humana, sino la única decisión posible ante las circunstancias dadas. Y cuando digo la ‘única’ me refiero a la única que permite triunfar, salir con bien, a la más fuerte, a la que comporta menor carga de muerte. Lo mismo que en una investigación la última posibilidad que queda por examinar, aunque sea portentosa o desconcertante, es forzosamente más fuerte que todas las imposibilidades que puedan acumularse para explicar los hechos, así también en cada caso hay una línea de acción posible que, tras su apariencia quizá paradójica o cruel, es expresión viva de la auténtica virtud en marcha, de la moral más enérgica”.

“Para nosotros —explica Abboud—, el gran regalo de Dios es el intelecto y no el alma. Porque el intelecto es capaz de someterse, por su naturaleza relacionada con la razón. El alma es rebelde. Si se le rebeló a Dios, ¿cómo no se le va a rebelar a los hombres? Para que el alma haga cosas provechosas y buenas tiene que hacer un viaje desde el pecado hasta lo sublime. Ése es el sentido de la alquimia entre los musulmanes. Cuando los sabios hablaban de convertir el plomo en oro, querían trasladar ese pensamiento y transformar un metal vil (el hombre mediocre) en uno noble (el hombre virtuoso).”

No hay ninguna cultura, ni antigua, ni moderna, ni salvaje, ni civilizada, que haya dicho que la mentira es mejor que la verdad. Tampoco existe sociedad que diga que es mejor la

cobardía que el valor, que los cobardes sean más apreciados que los valientes. No hay cultura que asegure que la generosidad sea peor que la avaricia, sino que recomiendan el desprendimiento respecto de los otros. ¿Y todo esto por qué? Porque las virtudes están a favor de la vida. Los vicios en el fondo son debilidades.

Nadie miente porque es fuerte, sino porque se siente débil; nadie es avaro por fuerza, sino porque necesita una muralla de cosas que le pertenezcan para que la muerte no se lo lleve.

Los pecados son debilidades que te aproximan a la muerte, y las virtudes, acciones que te defienden frente a ella. Tú, por ejemplo, puedes no ser hospitalario porque crees que vas a quedarte sin comida el fin de semana, pero difícilmente recomiendes a otros que no lo sean. Todas las sociedades alienan la hospitalidad, porque es algo que nos conviene a todos.

En *Ética a Nicómaco* Aristóteles describe a las virtudes como aquellas cosas que ocupan el término medio. Nos dice que entre el extremo del temerario y el cobarde está la persona que sabe defenderse. No habla del medio geométrico, ni mucho ni poco, sino que cada una de las actitudes ante las acciones tiene un exceso y un defecto que dejan de hacerlas operativas. En una batalla, es tan inútil el soldado que en la trinchera está tirado en el suelo con la cabeza tapada, sin hacer nada contra el enemigo, como aquel que salta afuera y sale abriéndose la camisa para que le peguen un bayonetazo. Es operativo y virtuoso en la ocasión aquel que se asoma con su fusil y defiende la trinchera discretamente y cuidando su vida. Aristóteles aseguraba que hay que tener capacidad de acción para ser operativos y tener eficacia para alcanzar la mayor excelencia. Lo interesante en *Ética a Nicómaco* es que no define las virtudes, sino que dice que hay que buscar a las

personas que las poseen para poder aprenderlas. La virtud no se aprende en abstracto. Entonces, él habla del estupendo, del magnífico. ¿Quieres saber cómo es una persona valiente? Piensa en qué amigo te gustaría tener a tu lado en un momento de peligro. Aquel en el que tú confías que no perderá la cabeza y sabrá ayudarte. Ése es el valiente. Respecto de alguien generoso, piensa en aquel a quien recurres cuando estás en aprietos económicos.

Las virtudes se ejemplifican en personas y en acciones. Tal vez alguien valiente lo sea en toda su dimensión, pero —como ocurría muchas veces en la tragedia griega— es iracundo. En definitiva, siguiendo a Aristóteles, las virtudes se aprenden viendo funcionar bien a gente en determinadas situaciones: en la esfera pública, en la batalla, en la vida privada, en el arte, nos damos cuenta de que ese ser es estupendo. Entonces la única forma de llegar a ser virtuoso es intentar parecerse a él.

Dice Abboud: “En la religión islámica, la virtud hay que aprenderla a partir de la vida del profeta, a veces como una extensión de las sentencias coránicas. Entonces —tal como proponían los griegos—, uno aprende virtudes a través de la imitación. De los ejemplos de tus padres, de un amigo y a quienes uno recurre en momentos de necesidades, o de algún tipo de carencia, en tanto y en cuanto aquellos a los que imitemos nos recomienden el camino del bien”.

Por otra parte, es verdad que la sociedad está basada en abusos y egoísmos individuales, lo que produce como consecuencia diversidad hasta en los aspectos menos imaginados. Al principio de la Revolución Cubana, Fidel Castro tuvo la idea de suprimir la gran variedad de puros, y producir sólo tres o cuatro clases como reflejo de la búsqueda de una mayor igualdad en la sociedad. Los expertos debieron conven-

cerlo de que, para mantener rentable el negocio de los puros, era necesario conservar la gran variedad que demandaban los fumadores de todo el mundo.

El sentido de la vida muchas veces viene dado por la necesidad. Si estás muriéndote de hambre, no pierdes el tiempo en pensar la dimensión ética de las razones que tienes para buscar alimento; está clarísimo que lo único que importa es comer, porque de lo contrario no llegas a mañana. Esto les pasó a las personas que en 1972 cayeron con su avión en la cordillera de los Andes y para sobrevivir se alimentaron con los cuerpos de sus amigos muertos.

Las necesidades son grandes simplificadoras, de allí que mucha gente eche de menos y recuerde con nostalgia, pese a haberlo pasado mal, tiempos de guerra y de escasez. ¿Por qué? Porque todo se simplifica. Durante un bombardeo no piensas qué tienes que hacer esta tarde, sólo te preocupa esconderte para que no te caiga una bomba encima. Por supuesto que estas situaciones limitan tus expectativas, pero por otra parte simplifican enormemente la búsqueda del sentido. Quien está en su casa abrigado, bien comido y aburrido mira a su alrededor y se pregunta: quedan cinco horas para acostarme, ¿y ahora qué hago?

La búsqueda del sentido de la vida es para los seres humanos satisfechos. Los animales, una vez que comieron, bebieron, hicieron sus necesidades y copularon, se duermen. Descansan muchas veces al día. No tienen nada que hacer y no se preocupan por eso. No hay gatos que se pregunten: “¿Y cómo ocupo yo mi tiempo libre?”. Ése es el sentido de la vida de los gatos, dormir hasta que el hambre los despierte.

El instinto animal está orientado para mantener cierto orden. Comen porque tienen que comer, copulan porque tienen que copular, se ponen debajo de algo para que no les

pegue el agua y punto. En cambio nosotros debemos ponerles límites a nuestros instintos, porque no los tenemos innatos. Tú eres responsable de poner orden en tu vida. La naturaleza en principio no pone límites, salvo los físicos: el cansancio o el estar absolutamente satisfechos. Lo que no limita es el afán, que es la base del problema con las drogas o con el alcohol. Los seres humanos nos tomamos una copa de más, aun sabiendo que podemos poner en peligro a otros porque vamos a conducir un automóvil, o a nosotros mismos porque nuestro hígado está a un paso de la cirrosis.

Pero existen otros mecanismos: si tú no te controlas, la sociedad lo hace. Tiene dos formas por excelencia: la educación y las leyes. La educación está orientada a enseñarnos a reprimir nuestros deseos incontrolados. Si tú mismo no lo haces, allí está la legislación destinada a reprimirte. Si tienes un afán de poseer cosas mucho más allá de lo que tu dinero te lo permite y decides robarle al vecino, te envían a la cárcel. En definitiva, las leyes tratan de ser el refuerzo de tu autocontrol por si fracasas en tu intento. El problema es que la legislación no logra desactivar los deseos, porque esto iría también contra el desarrollo de la sociedad.

Para Goldman, “la educación implica la limitación del ser humano en base a una cultura determinada. Es decir, lo que la cultura misma considera qué resulta creativo y qué no. Qué está bien y qué no. Entonces comienzan las decisiones ideológicas de los individuos, que implican cómo manejarse con los límites sociales dentro de una determinada cultura. La educación es el arma de la censura por excelencia. Es la forma que tiene la sociedad para indicarte lo que no se debe hacer. En hebreo la palabra ‘educación’ se dice *jínuj*, que puede implicar ‘educación’ o, en su extremo, ‘ahogo’, ‘sofoco’”.

La prudencia, en materia de cuidado de mi cuerpo, es la virtud que más aprecio en mí mismo. Me gustan la bebida, la comida y el sexo, pero siempre he huido de las experiencias que tengan que ver con la fanfarronería competitiva. He tenido la suerte de comenzar a gozar pronto, por lo que, para lograrlo, no necesito llevar a mi cuerpo a estados preagónicos. Creo que Aristóteles tuvo razón cuando insistía en que lo más importante para un ser humano es la prudencia.

Pero, por otro lado, en la vida cotidiana el exceso de prudencia es una de las características de los auténticos pesimistas. La imprudencia vital, que nos enfrenta a las claves de lo mejor contrastado o nos arriesga al remolino de lo no creíble, nace en una íntima sensación de invulnerabilidad. Ser pesimista consiste en carecer de este espontáneo resguardo.

LOS RIESGOS DE NUNCA DECIR “NO”

Los niños y los adolescentes a quienes sus padres nunca dicen “no” carecen del concepto de pecado. Hace poco, estuve hablando con un joven de doce años, con muchos problemas en el estudio y en la conducta, cuyos padres eran súper liberales. Yo le decía: “Pues tú tranquilo, tus padres te quieren mucho, tienes que corresponderles y estudiar”, a lo que él me contestó: “No es verdad que mis padres me quieran mucho, no me quieren porque nunca me dicen que no”. Y era un razonamiento que no estaba mal pensado, porque consideraba que “lo que quieren es que me vaya, entonces me dicen a todo que sí para que lo haga; nunca me niegan nada porque eso significaría continuar encima de mí, sea para prohibirme o para vigilarme”. Los padres que no ponen límites no se dan cuenta de que los hijos están reclamándoles

atención y, en definitiva afecto, algo que no se compra con efectivo.

Para Goldman, el tema de los límites está íntimamente ligado a la decisión que cada individuo tome en la materia. “El límite no existe —dice—, tenemos que ponerlo nosotros. Así sabemos cuáles son las cosas que no debemos hacer, y tomamos conciencia de dónde están los excesos. De todos modos, en la tradición judía no existe la idea del pecado, sino la del error. La mayoría de los errores pueden ser reparados. Incluso el mundo puede ser reparado. Así, si vivimos en un error podemos encontrar formas de reparación para lograr el equilibrio constante. En hebreo llamamos *tefilah* a la oración. Es una palabra que también significa ‘auto-juzgarse’. Para algunos el origen del término proviene del árabe, y quiere decir ‘falla’, como una falla geológica, donde un terreno queda por encima de otro y donde se produce un rompimiento. Entonces hay que buscar que esos niveles se equilibren.”

Es probable que nosotros hayamos recibido una educación en la cual, primero, tenías la idea del pecado y, luego, la de la transgresión, que era lo que te gustaba.

El pensador francés Georges Bataille, en su libro *El erotismo*, insiste en que la mitad del placer es la idea de la transgresión. Una amiga de mi madre, cuando comía dulces, solía decir: “¡Lástima que esto no sea pecado!”. Lo que le faltaba al chocolate para ser perfecto era estar prohibido por la ley de Dios. Y de allí viene esta frase tan popular que es un dilema histórico: “Todas las cosas buenas o son pecado o engordan”.

Pero ésta es la idea un poco sulfurosa de los deseos que tenemos quienes hemos sido educados en el miedo al pecado y la intriga por la transgresión. El problema actual de los jóvenes es que tropiezan con prohibiciones en el orden social y

no en el familiar. El primero que los regaña por emborracharse es un guardia, que les dice: “Acá no se pude vomitar” y les pone una multa. Mientras que en sus casas los papás encuentran simpatiquísimo que lleguen con una borrachera fenomenal. Es decir, primero tropiezan con la ley de los hombres antes de hacerlo con la ley divina. Y así estamos: fornican como conejos, beben como cosacos y los padres... como si vieran llover. La idea del delito llega antes que la del pecado, porque la del pecado debe transmitirse por la vía familiar, algo que no es habitual en los hogares liberales, que tienen una peligrosa tendencia a desentenderse de la obligación de educar y cuidar a sus hijos.

LOS PECADOS REALES, LOS MENTALES Y LOS QUE CAMINAN POR LA CALLE

En algunos lugares, sobre todo en los pueblos chicos, los pecados se personifican, tal como dice el escritor chileno Hernán Rivera Letelier: “En la pampa, de donde yo vengo, en lugares que no tienen más de cinco calles, uno podía ver a los siete pecados caminando. Había una gorda inmensa, doña María Marabunta; representaba a la gula. Felipe el triste, que era como el prestamista, el usurero, representaba la avaricia”.

Otro tema para tener en cuenta son los pecados reales y los pecados mentales. Yo tenía un amigo que era un amante de la buena mesa hasta límites insospechados. Pero al hombre, por razones relacionadas con exceso de colesterol y otras menudencias, lo pusieron a cumplir una dieta muy severa. Entonces, buscó algo para tratar de pasarla lo mejor posible. Así todos los días, mientras tomaba su yogurt con un poquito de müslix, leía libros de gastronomía ilustrados, con fotos de

corderos asados. Se conformaba imaginando que estaba comiendo platos deliciosos. En definitiva, es parecido a quienes consideran de la misma manera los malos pensamientos y las malas acciones. Uno puede estar castamente haciendo el amor con su mujer, pero para que te pongas en trance nadie puede impedirte que estés soñando con Cameron Diaz.

Según Abboud: “Se trata de un tema que le compete exclusivamente al individuo. La valoración y el juicio de esos malos pensamientos tienen que ver con la propia moral, la ética y con el nivel de autocritica. Pero en definitiva, para quienes tenemos una vida religiosa, juzga la divinidad. ‘Adorad a Dios como si lo vieras —dice el profeta—, porque aunque tú no lo ves, él ciertamente te ve.’ Entonces, el creyente está condicionado en esta visión de la vida. Por lo tanto, en estas cuestiones el juzgamiento por parte de los hombres es algo relativo”.

En estos tiempos, lo fundamental para el ser humano es luchar contra el aburrimiento. Todo lo que hemos hecho a lo largo de la historia: artístico, lúdico, económico, etc., es para combatirlo.

Muchos de los pecados son instrumentos que se convierten en fines en sí mismos. Son herramientas que se absolutizan. Por ejemplo, cuando practicas el sexo te olvidas totalmente de que su finalidad es la reproducción de nuestra especie. Algo similar ocurre con el dinero, que está muy bien pensado como elemento de intercambio social, pero se transforma en algo malo cuando lo único que se busca es acumularlo y poseerlo como un fin en sí mismo.

Estoy convencido de que casi todos los vicios lo son porque se absolutizan. Es bueno tener prudencia frente a un peligro, algo que nos sirve para llegar a la vida adulta, si no moriríamos pequeños. Pero si cuando hay un atisbo de ries-

go comienzas a correr, has absolutizado la situación. Has convertido en algo excesivo lo que podría ser funcional.

Uno puede creer en Dios, en el diablo, en la Santísima Trinidad, en la resurrección de los muertos, pero yo particularmente me niego a creer en los sacerdotes, cualquiera sea su extracción. No puedo creerles a obispos, rabinos, pastores y ayatollahs. Creo que cuando son buenos y se les nota, lo son no por lo que son, sino a pesar de lo que son. Aunque debo reconocer que estamos frente a una verdadera estampida de ortodoxia religiosa —con sus matices—, que abarca desde los lugares más empobrecidos del planeta hasta la primera potencia de la Tierra, desde donde sus líderes dicen que están respondiendo a los mandatos de Dios, absolutamente contradictorios unos con otros, según sea el lenguaraz de la divinidad.

I. La soberbia

El escritor discute con Lucifer acerca de la soberbia y la humildad

Satanás: *Veo que el filósofo se aproxima a mi humilde morada.*

El escritor: *Algunas cosas son reales: el filósofo se aproxima; la morada puede ser humilde, o no, podemos discutirlo. Pero lo que está claro es que el habitante de la morada no tiene nada de humilde, más bien todo lo contrario. Yo diría que haces de la soberbia tu razón de ser y existir, pese a que es algo que te ha costado caro.*

Satanás: *¿Caro? Es a lo que uno se arriesga por decir cuatro verdades. Soberbio era mi jefe.*

El escritor: *De cualquier manera yo supongo que debes tener tu orgullo herido, porque hoy solamente eres para todos el Ángel Caído. El que desafió a Dios y fue derrotado, el que creyó que era más de lo que es.*

Satanás: *Creo que nuevamente tengo que poner las cosas en su lugar. Estás en presencia de alguien seguro de sí mismo, algo que muy pocos pueden decir. Porque con muchos como yo el mundo sería otro.*

El escritor: *Pero hombre, si éste es el problema, que el mundo está lleno de individuos como tú. Y no quiero imaginarme qué pasaría si hubiese muchos más.*

”Tú eres un caso clásico, el de la criatura que no admite su condición de criatura y que trata de imponer su deseo frente a la divinidad. Pero la divinidad te marca los límites que deben tener tus deseos, y la soberbia te cuadra perfectamente. Nosotros, los humildes humanos, cuando mencionamos el término nos imaginamos a Luis XV o Luis XIV en plena gloria. Pero tú sabes muy bien que la soberbia es cosa sencilla de todos los días. En tu afán de dividir y separar, te encanta que rija una desconsideración general hacia el otro.

Satanás: No me vengas con esa tontera de la desvalorización. Lo que existe es la selección natural. Hay mejores y peores y hay que ubicar a cada uno en su lugar.

El escritor: Ahí está la cuestión. Con qué criterio, quién impone esa selección, quién decide lo que hay que seleccionar frente a lo que no debe ser seleccionado, quiénes son los que deciden qué lugar le corresponde a cada uno. Nadie es más frágil, más vulnerable y más inconsistente que un soberbio.

Satanás: Mi querido filósofo... ¿Quieres decirme que, además de soberbio, soy débil? Tú tienes tus arranques de soberbia, ¿no?...

El escritor: Mea culpa, pero yo no creo que sea realmente soberbia; soy terco, discutidor, y tengo una exagerada tendencia a querer tener razón. Pero no soy alguien que contradice a todo y a todos, como algunos que lo hacen para buscar notoriedad ya que de otra manera no lo conseguirían jamás.

Satanás: Sin embargo, yo tengo entendido que de niño ya eras muy irrespetuoso...

El escritor: Yo, de niño, me preguntaba, y aún sigo haciéndolo, por qué razón debo callar la boca si tengo cosas sensatas que decir frente a algo que me parece una tontería. Nunca sentí que fuera algo pecaminoso, pero debo reconocerte que uno de mis peores vicios ha sido el de querer tener siempre la razón. Mi madre era una polemista

ta envidiable, y yo tampoco he sabido nunca quedarme callado, siempre he tenido una contestación.

Satanás: En eso te pareces mucho a mis amigos los gobernantes, de cualquier origen que sean. Pero debes reconocer que sin ellos el mundo andaría a los tumbos.

El escritor: Ésos son los peores, y sobre todo aquellos que se esconden detrás de una máscara de humildad que es absolutamente ficticia. Esos políticos o generales o religiosos que no tienen ningún pudor en asegurar que no quieren cargos y que si los toman es por hacer un servicio público. Esos personajes son aquellos a quienes luego les quitas el cargo y no paran de conspirar contra el que los reemplazó. Nada es peor que la falsa humildad.

Satanás: En eso coincido plenamente contigo. Yo no soporto ser humilde, ni falso, y mucho menos honesto... digo, hipócrita.

”Voy a aprovechar para pensar en todo lo que tienen que agradecerme por mi fecunda existencia a lo largo de la historia. Que es algo así como una autocrítica, pero al revés.

La soberbia no es grandeza sino hinchazón, y lo que está hinchado parece grande, pero no está sano.

SAN AGUSTÍN

La soberbia no es sólo el mayor pecado, según las Escrituras Sagradas, sino la raíz misma del pecado. Por lo tanto, de ella misma viene la mayor debilidad.

No se trata del orgullo de lo que tú eres, sino el menosprecio de lo que es el otro. De no reconocer a los semejantes.

“En última instancia —dice Goldman—, la soberbia termina siendo un elemento de vulnerabilidad para el ser humano, que cree que domina una situación y en realidad es todo lo contrario. Es el ejemplo de la inseguridad del individuo frente a de-

terminadas cosas de la vida. Nosotros tenemos un proverbio que dice: ‘Uno debe llevar en su bolsillo dos papeles. En uno debe estar escrito: para mí fue creado el mundo y en el otro bolsillo debe decir: soy simplemente polvo y cenizas.’”

Quizá lo más pecaminoso de la soberbia sea que imposibilita la armonía y la convivencia dentro de los ideales humanos. Nuestros destinos son enormemente semejantes: todos nacemos, todos somos conscientes de que vamos a morir, todos compartimos necesidades, frustraciones, ilusiones y alegrías. Que alguien se considere al margen de la humanidad, por encima de ella, que desprecie la humanidad de los demás, que niegue su vinculación solidaria con la humanidad de los otros, probablemente ése sea el pecado esencial. Porque negar la humanidad de los demás es también negar la de cada uno de nosotros, es negar nuestra propia humanidad. No hace falta remontarse a la teología para convertir en pecaminosa la soberbia.

La naturaleza de los hombres soberbios y viles es mostrarse insolentes en la prosperidad y abyectos y humildes en la adversidad.

NICOLÁS MAQUIAVELO

La soberbia, como todos los pecados, tiene distintas gradaciones.

Ocurre que hay momentos en los que se toma como soberbio a quien sobresale por sus virtudes. El vicio tiene que ver con la representación de la excelencia, pero no con la excelencia en sí misma. El excelente no tiene la culpa de serlo. La soberbia en estos casos es la excelencia arrojada a la cara del otro.

El filósofo argentino Tomás Abraham aporta otra perspectiva: “Recuerdo una cita de Jean Genet que decía: ‘Levantar la cabeza en medio de la silbatina’. Eso es una forma de soberbia, el no agacharse y hacer eco a toda la humildad de la que debemos ser acreedores y, al mismo tiempo, deudores. Si no hay soberbia yo creo que es imposible cualquier entendimiento humano”.

Mi queridísimo abuelo Antonio me pidió en su lecho de muerte: “¡Que nunca nadie te haga callar! ¡No dejes que te hagan callar!”. Yo le prometí que así sería, y seguí por la vida rebelándome ante todos los que intentaran robarme la palabra.

No voy a negar que me siento muy bien en medio de una buena discusión, una virtud que heredé de mis antepasados femeninos. Para mal o para bien, muchas veces soy dominado por una terquedad natural. Tengo una sensibilidad especial para descubrir qué hay del otro lado de cada planteamiento, lo que el otro calla. Hace años que vengo predicando contra los que hacen de su pensamiento ortodoxo una cuestión de fe. Estos individuos se obligan a olvidar la razón del otro, que se transforma —casi como un juego de palabras— en la sinrazón, en la no existencia de contenidos razonables en las posturas asumidas. Y así sucede: cuando escucho ese silencio intervengo, y por supuesto que lo hago con gusto.

Según Abraham: “Hay un tipo de soberbia que me provoca ira: la soberbia combinada con la ignorancia (propia de aquel que no sabe que la soberbia tiene un costo y que hay que pagar un precio). Es una forma de pedantería cuando uno se permite despreciar al otro sin haberse tomado el trabajo de conocerlo. Pero no me irrita la soberbia en general, es un pecado que fue muy importante en los orígenes del cristianismo, el pecado de Adán. Hay un fondo anarquista en la soberbia que yo aprecio”.

Goldman afirma: “La soberbia lleva al individuo a creer que puede colocarse en el lugar del que todo lo sabe cuando lo único que podemos tener los seres humanos son certezas. La verdad es un objetivo en la vida que siempre tenemos que buscar. El creerse dueño de ella coloca al hombre en el estado máximo de soberbia que puede alcanzar. Las sociedades sanas tienen que ver con la búsqueda de la verdad, no con su patrimonio. En ese camino se ha de saber cómo descartar lo falso. No hay más que una verdad, pero el hombre no tiene acceso a ella. En la tradición judía no existe una forma de nombrar a Dios, es innombrable. Dios es una aproximación a lo que nos imaginamos que debe de ser. Verdad es uno de los nombres de lo divino, el sello de Dios, al cual nosotros queremos llegar a través de nuestras únicas herramientas: las certezas”.

La soberbia nace cuando la criatura desafía a Dios al no admitir su condición de criatura y tratar de imponer su deseo frente a la divinidad. Pero se supone que Dios marca los límites que deben tener las pulsiones. Entonces, la criatura decide entre servir o no servir a ese Dios, y lo enfrenta cuando decide no ser siervo.

También existe la soberbia racial. Hay pueblos que miran por encima del hombro a otras colectividades, sin haberse molestado nunca en intentar entenderlas. En comprender en qué difieren de ellos, en darse cuenta de que hay otras costumbres, otro tipo de juego social. Entonces se los considera inferiores y descartables. Se los califica de incivilizados, y ese argumento ha ido a caballo de dominaciones y esclavitud. Se termina aplicando la barbarie a quienes se etiqueta como bárbaros.

Según Abraham, existen “ciertas percepciones de países avanzados que desprecian muy fácilmente los despotismos

del Tercer Mundo. Como si los pueblos hubieran aceptado ser sojuzgados y no merecieran el aprecio. Hay una soberbia que esconde sus propias flaquezas, las adorna como logros y se permite despreciar al más débil por no haber sido heroico. Toda civilización se ha hecho sobre algún crimen, o sobre varios”.

Un ejemplo histórico de soberbia y poder lo dio Napoleón Bonaparte cuando logró que el propio papa Pío VII se trasladara a París especialmente para coronarlo en la catedral de Notre-Dame. Durante la ceremonia, Napoleón tomó la corona y se invistió a sí mismo con los símbolos imperiales, con lo cual se mostró por encima de todos los presentes, incluido el representante de Dios en la Tierra.

Encanto es lo que tienen algunos, hasta que empiezan a creérselo.

SIMONE DE BEAUVOIR

Creo que el vicio social por excelencia es la vanidad, porque es el pecado de los demás. Mientras que las personas orgullosas no dependen de otros —y en eso precisamente consiste su orgullo—, los vanidosos, en cambio, necesitan de los demás. Requieren que los otros los alaben, cosa que el soberbio rechaza. Un escritor orgulloso, cuando alguien le dice: “Pero maestro, qué bien escribe usted y qué magnífica es su obra”, piensa: “Desgraciado, si tú no sabes ni leer; qué me importa que te parezca bien o mal lo que yo hago”. Mientras que el vanidoso, al escuchar una alabanza, piensa: “Cuánta razón tiene este hombre”. Le encuentra algo simpático al adúltero más repelente y rastroso que se le cruce. El vanidoso es una persona muy sociable, a diferencia del orgulloso, que se aparta de la multitud: “Solamente mi propio criterio cuenta sobre mí”.

Tomás Abraham dice: “La palabra ‘orgullo’ es algo que yo evito pronunciar por razones personales que desconozco. Nunca me gustó la persona que está orgullosa de un hijo, o de ser argentino, o de haber sido premiado por un libro. Siempre me pareció que es como ostentar una adquisición”.

Siguiendo el razonamiento de Abraham, puedo entender el orgullo de que nos reconozcan por haber escrito un buen libro o compuesto una sinfonía. Pero hay un punto en el que hay que limitarse. Por ejemplo, aquellos que dicen: “Estoy orgulloso de ser español”, como si uno pudiese estar orgulloso de tener dos pulmones o un apéndice.

Por otra parte, nada me abruma más que la falsa humildad. Cuando alguien dice: “Yo no quiero nada para mí, todo lo que pido lo quiero para otros”, es una mala señal. A mí la gente que no quiere nada me produce desconfianza.

Más fácil es escribir contra la soberbia que vencerla.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Ser soberbio es básicamente el deseo de ponerse por encima de los demás. No es malo que un individuo tenga una buena opinión de sí mismo —salvo que nos fastidie mucho con los relatos de sus hazañas, reales o inventadas—, lo malo es que no admita que nadie en ningún campo se le ponga por encima.

En general, podemos admitir que tenemos cierto lugar en el ranking humano, y que hay otros que son más prestigiosos. Pero los soberbios no le dejan paso a nadie, ni toleran que alguien piense que puede haber otro delante de él. Además sufren la sensación de que se está haciendo poco en el mundo para reconocer su superioridad, pese a que siempre va con él ese aire de “yo pertenezco a un estrato superior”.

Si no lo consideran el mejor, sufre lo indecible porque todos son agravios, se siente un incomprendido por una sociedad de palurdos analfabetos. Si llega a un banquete y lo sientan en el extremo de la mesa, el soberbio se preocupa porque a otro de menor rango lo han puesto en un lugar más prestigioso, o no se han dirigido a él en el tono que considera que está a la altura de sus merecimientos. Mientras que a la gente normal la mueve el saber qué les van a poner en el plato y si van a pasar una velada divertida. Siempre me ha asombrado lo susceptible que es este tipo de personas, por la necesidad de representación de grandeza que requieren.

La característica principal que tiene el soberbio es el temor al ridículo. No hay nada peor para aquel que va por la vida exhibiendo su poder y sus méritos que pisar una cáscara de plátano e irse de narices al suelo. El ridículo es el elemento más terrible contra la soberbia. Por esa razón los tiranos y los poderosos carecen de sentido del humor, sobre todo aplicado a sí mismos.

En ese sentido, Abraham agrega: “Esta clase de personaje espanta todo atisbo de comicidad. Para él la risa es algo sospechado y la vive como una agresión. Cuando la risa está prohibida, sabemos que estamos en un lugar peligroso. La crítica convencional y la denuncia siempre son serias, pero hay veces que toman la forma de humor que permite mostrar que la realidad que se está viviendo tiene pies de barro”.

La soberbia es el valor antidemocrático por excelencia. Los griegos condenaban al ostracismo a aquellos que se destacaban y empezaban a imponerse a los demás. Creían que así evitaban la desigualdad entre los ciudadanos. Pensaban: “Usted, aunque efectivamente sea el mejor, tiene que irse porque no podemos convivir con un tipo de superioridad que va a romper el equilibrio social”.

De aquellos tiempos hemos pasado a la actualidad, donde vivimos en una especie de celebración permanente de la mediocridad: los *reality shows*, en los que se ponen cámaras para espiar durante una determinada cantidad de tiempo a cinco o seis personas que se dedican a hacer y decir vulgaridades. Hacen cosas tan interesantes como cambiarse los calcetines, freír un huevo, insultarse o dormir. Yo puedo entender el interés que llega a suscitar *Rey Lear*, pero no me entra en la cabeza esta jerarquización de lo mediocre. Salvo creyendo que la pantalla muestra que todos somos capaces de lo mismo, las mismas vulgaridades, bajezas y torpezas que hacemos todos los días.

La soberbia es la antonomasia de la desconsideración. Es decir: “Primero yo, luego yo y luego también yo”. Tal vez, la soberbia sea una cosa sencilla: simplemente se trata de maltratar al otro. No importa tirarle el coche encima a un peatón que está cruzando con la luz amarilla, porque la prioridad para el soberbio es él mismo y sus necesidades. En ese grupo entran aquellos que deben dinero y difieren un pago sin importarles las carestías del que les prestó. Se trata de quienes tal vez no tengan conciencia de lo que están haciendo por autoglorificación, pero en la práctica piensan: “Yo cuento mucho más que usted”. Hay algunos que lo hacen en forma imperceptible a primera vista, pero otros lo muestran con gestos, pequeños o ampulosos, o diciéndoselo en la cara a los demás, con lo que corren el riesgo de conseguir el enfado y el rechazo. Pero lo cierto es que siempre hay individuos dispuestos a una actitud servil, con quienes los soberbios encuentran un campo ideal para hacer todo tipo de maldades y desvalorizar al otro.

“La soberbia es realmente muy peligrosa para el que la posee —dice Abboud—. Se cuenta una historia de un rey

que, en su ánimo de mostrar su poder, manda construir un palacio impecable, que él mismo había diseñado, elegido los materiales y monitoreado su construcción. Una vez terminado el edificio el monarca convocó a una fiesta para mostrarlo. Allí desafió a todos los invitados a encontrar algún defecto. Todos los presentes lo llenaron de halagos, hasta que llegó un personaje y le dijo al dueño de casa que él había encontrado un defecto. El rey montó en cólera y le pidió que le dijera cuál era. El visitante le contestó que todavía no había podido tapar la rajadura por donde debía pasar el Ángel de la Muerte. El simbolismo de esta figura tiene que ver con que esa rajadura es la que va a ponerte en tu lugar, a tomar contacto con la realidad. La tradición islámica dice: ‘No entra en el Paraíso aquel que tiene un gramo de soberbia’. Porque quien tiene el mínimo ápice de soberbia en el corazón, desde nuestro punto de vista, difícilmente pueda alcanzar la aspiración a la perfección. El hombre universal es el que está libre de soberbia. El drama del soberbio es ser desenmascarado. Para el Islam la idea básica es la sumisión a Dios, algo totalmente contrario al pensamiento de un soberbio.”

Para Abboud, “es muy difícil relacionarse con los soberbios religiosos, quienes tratan de hacer sentir a los demás que son ellos quienes tienen el legado de un ser superior. Por lo que todo se complica, ya que ese mandato metafísico pretende indicar que está facultado para percibir lo trascendente y aplicarlo dentro del esquema de la vida cotidiana de los seres humanos. Así, cuando uno trata de discutir un tema terrenal con estos personajes, la conversación se termina cuando el otro dice: ‘Es palabra del Señor’, y como no existe una escala de apelación superior uno queda en inferioridad de condiciones”.

Según Abboud, “nosotros no podemos ni siquiera pensar en la imagen de Dios porque estaríamos cometiendo el pecado de politeísmo. Porque cuando uno crea dentro suyo una imagen de Dios, lo está multiplicando: pasa a existir el verdadero y el que el individuo se está imaginando. Por eso los musulmanes pensamos en la creación y no en el creador, porque a la divinidad no la alcanza el pensamiento”.

En materia de autoestima y de búsqueda de la cima ante los demás, los soberbios siempre están a la cabeza. Pero sus caídas suelen transformarse en tragedias que no pueden superar en sus vidas. Por ejemplo, las Escrituras dicen que Cristo derrotará a los soberbios y humillará a los grandes, porque en definitiva son los que más sufren en las derrotas y a los que tiene sentido vencer. ¿De qué sirve ganarle una partida, una batalla o una discusión a un pobre infeliz? No es algo que te haga pasar a la historia. Los soberbios que montan una escenografía de grandeza a su alrededor son los preferidos para desafiar. Si vas por los tímidos y los humildes no tiene gracia, porque esta gente casi siempre está esperando que los derroten.

En el otro extremo del análisis están los estoicos. En sus meditaciones, el emperador romano Marco Aurelio dice: “No les creas a los que te alaban, no creas lo que dicen de ti”. Se trata de una humildad que no lo es en el sentido cristiano. Los estoicos no son humildes, simplemente no quieren ser fuertes. Pero, por otra parte, rechazan todos los elogios y las alabanzas. “Cuando te levantes cada día —dicen—, no pienses si vas a ser emperador, piensa: hoy debo cumplir bien mi tarea de hombre.” Ésa es la idea, nadie puede estar por encima de la labor humana.

Pero, ¿cómo evitar caer en la soberbia? El remedio es muy simple, pero a veces duro de asumir: ser realista. Tam-

bién es cierto que, en el otro extremo, el exceso de humildad te pone por debajo del realismo. En esa actitud no valoras ni siquiera lo que tienes, lo que puede transformarse en una gran dificultad desde el punto de vista social. En primer lugar tú sufres, salvo que te complazcas morbosamente en tu nada y en tu pequeñez. Hay un mecanismo que utilizaba San Agustín que es bastante útil. En sus *Confesiones*, dice: “Cuando yo me considero a mí mismo, no soy nada; cuando me comparo, valgo bastante”. Es una frase llena de realismo. Cuando analizas lo que quisieras ser, tus ideales, tus bienes, etc., estás por debajo de lo que creías y querías; pero claro, cuando miras a tu alrededor, la cosa no está tan mal. Por lo tanto, el extremo desordenado de la humildad —la humillación— es tan malo como el de la soberbia.

En definitiva, la soberbia es debilidad y la humildad es fuerza. Porque al humilde le apoya todo el mundo, mientras que el soberbio está completamente solo, desfondado por su nada. Puede ser inteligente, pero no sabio; puede ser astuto, diabólicamente astuto quizá, pero siempre dejará tras sus fechorías cabos sueltos por los que se le podrá identificar.